

OBSERVACIONES EXPERIMENTALES SOBRE EL GALLINAZO

Por el

P. Rafael H O U S E.

El urubú (cuervo hinchado), o queluy (ser rojo), o gallinazo (semejante al pavo), o coragypis (cuervo-buitre), abunda en Lima. En dos meses de permanencia en aquella capital—Nov. y Dic. de -930,—me dediqué a observar esta ave en dos puntos interesantes: la fase primera de su existencia, y el olfato.

1.º—*Fase de su existencia.*

En el Perú, el período de la nidificación empieza en la primera quincena de Noviembre, conforme lo comprobé recientemente, y se alarga hasta mediados de Febrero, como lo pude ver en mi primera estada en Lima, en 1930 también. Entiendo, por datos recogidos en Chile, que aquí la época de reproducción se atrasa un mes respecto del Perú.

Fórmase la pareja con previos amoríos: sigue el gallinazo a su elegida en vuelos cortos, la acaricia en los techos, ya con besos a usanza de las palomas, ya con blandos picotones en las espaldas, cuello y cabeza. Ninguna lucha de celos he notado entre la docena de urubúes que frecuentaban la azotea y torre de nuestro templo, aunque se anudaron entonces tres matrimonios.

Veinte días pasan entre ese galanteo y la puesta de los huevos. Nido ninguno. Tres hembras pusieron durante mi permanencia allá: dos en las desnudas tablas del piso en el desván, una sobre desperdicios de estuco en la base ahuecada de una ventana en el campanario. Apenas diez palitos de bambú se veían esparcidos en derredor de los huevos, con cuatro plumas.

Huevos: Cada puesta fué de dos — item en la torre de otra iglesia — lo que contradice a Tschudi que les atribuye comúnmente tres o cuatro. Hallé los dos primeros el 15 de Noviembre, con las características siguientes:

Uno, elíptico, de 0,67 de largo por 0,50 de diámetro central, liso, muy firme, algo verdusco, ensuciado por nubes pardas: en uno de los polos, un manchón castaño con vetas negras, y, en el otro, diez manchas pequeñas del mismo color y de forma lagrimal: en uno de los hemisferios, algunas salpicaduras, en el otro un jaspeado fino. Peso: $99\frac{1}{2}$ gramos. — El segundo huevo, ovicónico, 0,72 de largo por 0,50 en el diámetro mayor: el polo redondo con una corona de manchas castañas, alargadas o circulares, y, en un solo hemisferio, un jaspeado espaciado. Peso 105 grs. — ¿Será de creer que el elíptico iría a dar una hembra, y el ovicónico un macho, conforme así lo afirman para huevos de gallina de igual aspecto?

El 8 de Diciembre, otra hembra puso dos huevos en el campanario. Uno medía 0,72 de largo por 0,52 en alto, ovicónico; sobre un fondo de blanco verdusco, el hemisferio grueso ostentaba una corona de manchones castaño-violáceos y nubes liláceas, y el más aguzado lunares y pintas esparcidas del mismo castaño. Peso: 110grs.. — El segundo tenía 0,77 por 0,50, casi elíptico, blanco-gríseo con manchas bruno-violáceas de diverso tamaño, y nubes pardo-verdes, por la superficie toda. Peso 112 grs.

En otra parte, otro par de huevos, ovados e iguales, de 0,77 por 0,49, de un pardo amarillento; una ancha corona de manchones negros, brunos, o violáceos, en el extremo redondo, y, por su periferia, lágrimas obscuras o liláceas; en el polo agudo, solamente pintitas muy escasas. Peso: 109 grs.

Como se ve hay no poca variedad en tamaño, forma y matices.

Empolladura: Empezó la primera pareja el 13 de Nov., y salió polluelo en la tarde del 14 de Dic.: son 32 días; con las peripecias siguientes.

El 15 de Nov. saqué ambos huevos. Después de tomarles dimensiones y peso, fui a dejar uno solo en su sitio, variando su posición primitiva. Al revés de las águilas que, como lo tengo comprobado, abandonan el nido y huevos si se les visita, una sola vez, la hembra siguió cubriendo el huevo

único. El 22, le coloqué, al lado, un huevo de gallina: el 25 lo hallé triturado, a medio metro de distancia. ¿Era accidente, debido al paso del ave y a la fragilidad de la cáscara? ¿Era efecto del enojo contra el huevo espurcio? Para averiguarlo, el 30 llevé otro huevo de gallina, y lo dejé a una vara del empollado. Al día siguiente, el galinazo los había reunido, un metro más lejos, y prosiguió incubándolos con igual amor. ¡Cosa rara! los estuvo cambiando, con frecuencia, de sitio, y así los paseó, por el entablado, en una área de tres metros cuadrados.

Por lo común, era la hembra la que cubrió. Al llegar yo, muy despacio, huía al techo, dando resoplidos de susto y enojo: al irme, volvía luego ella a su tarea. Traíale el macho comida en el buche, y se la arrojaba delante. En el interín de sus exploraciones, se estacionaba él sobre la techumbre, ahuyentando, a picotadas y alazos, sus congéneres, palomas y tórtolas, que por acaso se posaban en ella: era terreno propio y zona sagrada de familia! Les hice diez visitas, y no por esto se formalizaron ni renunciaron al nido.

A los 32 días salió el polluelo, pero siguió la madre incubando el huevo de gallina. Como cinco días más tarde, al ver que éste no daba señal de vida, lo hizo a un lado. Lo recogí ya frío, pero el pollito estaba en perfecta formación.

El polluelo: En el día de su nacimiento, 14 de Dic., llevaba un vellón blanco-amarillento, y pico azul-negro. Al examinarlo yo con vela prendida, dió un soplo como el de un gato enojado, y se enderezó sobre las patitas vacilantes. Ambos progenitores le traían comida a medio digerir en el buche: y él, metiendo la cabecita en la boca de ellos, sacaba, con el pico, su pitanza en extremo hedionda. — A los siete días tenía el tamaño natalicio ya duplicado. — El décimo día, ya huyó de mí por el piso, tambaleándose y soplando. — A principio de la tercera semana, lo recogí. Defendióse con braveza, con pico, garras y silbo, y vomitando nauseabundamente. Estaba entonces de un blanco acanelado, menos un marco obscuro alrededor de la cara, pico ya ganchudo, patas azulejas, y del tamaño de un pollo de dos meses y medio, espantadizo y huraño. Hubo que darle de comer a la fuerza, durante dos

días; después, introduciendo el pico como en la boca materna, en el hueco formado por el índice y el pulgar, me sacaba de la mano cerrada trocitos de carne. Al cuarto día, se sirvió sólo, y fué a beber regularmente en una lata. — Al cumplir un mes de nacido, su porte era el de una gallina común, plumón tupido acanelado-claro, a las de 0,56 de envergadura con plumitas negras de 0,04 de largo. Tragábase cien gramos diarios entre carne y papas. — A los dos meses, según los datos que me fueron remitidos, lucía el plumaje negro definitivo, algo menos subido que en los adultos, sin haber pasado por matices transitorios como el cóndor y muchos falcónidos; pico negro; piel de la cara y cuello lisa, sin las prominencias transversales y rugosas que caracterizan a los de varios años de edad. No podía volar aún. Su alimentación preferida era carne, cruda o cocida, fresca o putrefacta; pero a falta de ella, zampaba maíz, pan, trigo, hojas de frejoles, habas, ensalada, uvas. Habíase vuelto muy familiar, gustándole meter la cabeza en las mangas de sus visitantes, recibir caricias, y manifestar su cariñosa alegría con aleteos. — A las once semanas de vivir, probó a volar, lo que ha de ser la edad habitual del primer vuelo.

Queda demostrado que, con muy escasas excepciones de uno o de tres, son dos los huevos. Pero, lo que es menos raro es la infecundidad de uno de ellos. Es así como, en nuestro compañero, desde varios años atrás, nace un solo polluelo en alguna de las cuatro nidadas habituales. Notable es también la elasticidad de esos polluelos. En Febrero de 1930, se cayó uno desde una altura de 12 metros, del desván al piso de la iglesia, y no sufrió más daño que el susto.

No todas las hembras urubú son tan pacíficas como la citada. Conforme lo indico más arriba, otra había elegido domicilio en la base hueca de una ventana del campanario, bajo las vigas de sostén. Como subiera allá un trabajador para recoger palomas, la sorprendió en momentos en que acababa de poner el primer huevo. Salió ella, llena de pavor, en su aturdimiento topando los maderos. Avisado del hecho, fui a ver al día siguiente; pero hallé el huevo, agujereado a picotadas, en el costado, y chupado por la misma

madre. Dos días después, encontré el segundo huevo, en la abertura de otra ventana, igualmente aportillado y sorbido, sin duda por efecto de la ira, despecho y desconfianza del ave.

2. *Problema del olfato.*

Como se sabe, están desacordes los naturalistas respecto de este problema. Atribuyen unos, a los vultúridos, un olfato de larguísimo alcance que abarca leguas: afirman otros que es de muy corto desarrollo. De este último parecer son Le Vaillant, Taylor, Vilanova, Audubon, el cual llega a escribir que "si a los gallinazos se les quitara la vista se morirían de hambre." Aproveché la sin par oportunidad que tenía en Lima, para hacer una serie de experimentos que dieran base a conclusiones seguras y talvez definitivas.

1.º En la mañana del 17 de Noviembre, puse la mitad de un gato recién muerto en un sitio despejado de la azotea: y la otra mitad en el extremo opuesto, pero tapada ésta con ligera capa de heno. Cinco minutos después, bajaron tres urubúes a cebarse en la presa visible, y ninguno olfateó la otra cuyo olor sentía yo a 20 metros de distancia. -- A la media hora, una racha dispersó el heno, dejando la carnada a descubierto. Seis minutos más tarde, divisábala un merodeador del aire, y después de un rápido examen, descendía a comer, seguido casi luego de quince más. De prisa subí a la azotea, para recobrar la carroña, y la volví a encubrir con las briznas de pasto seco. Permaneció así lo restante del día, despidiendo exhalaciones cada vez más fuertes, sin que los numerosos gallinazos, que se cernían alto o pasaban muy cerca, dieran la menor señal de percibir la presencia de carne hedionda, viniendo a registrar el sitio interesante.

2.º Al amanecer del 18, coloqué los trozos del gato bajo un entablado que al justo los disimulaba: levantado éste sobre apoyos de una cuarta de alto, daba libre paso a la hediondez. Sin embargo, de todos los urubúes que, en sus rondas, sobrevolaron la casa, o que casualmente se posaron

en los terrados o árboles vecinos, ni uno dió muestras de ventear la pestilencia del animal encubierto.

Al día siguiente lo destapé a medias, y, minutos después, un gallinazo, y pronto otro, inspeccionaban la presa, con temerosa cautela. Sobreviniendo dos competidores más, se lanzaron los cuatro a disputarse el festín puesto a la vista.

3.º El 22, de madrugada, extendí otro gato muerto, entrañas afuera, bajo una red de alambre, alzada sobre pilotes de veinte centímetros a fin de dar salida a las emanaciones. Sobrepúsele un tocuyo claro que celase el cadáver por encima únicamente. Hasta 20 metros de distancia el hedor ofendía la nariz humana. Esto no obstante, ninguno de los pájaros que, en el curso del día, pasaron por docenas, escudriñando las azóteas, y a veces sólo a ocho y cuatro metros encima, ninguno detuvo su vuelo, atraído por el foco de fetidez.

4.º El 24, dispuse el tocuyo de suerte que, a más de cubrir la red, cayera por los lados a manera de cortina suelta. Varias roturas del tejido permitían a la hediondez esparcirse, y a cinco y más metros se sentía a gusto. A dos metros no más, dejé a descubierto dos pollos recién muertos y sin olor. Pues, ¿qué sucedió? Sin tardanza aparecieron tres gallinazos, y devoraron las avecitas, a tres varas de la jaula del gato invisible y podrido, en pleno ambiente de pestilencia, sin que el olfato los llevase a buscar tan apetitoso bocado. Ninguno se acercó a oliscar el tocuyo. Demoraron quince minutos en despedazar los pollitos y se volaron. No era por falta de hambre, porque las avecitas distaban mucho de haber podido saciar la insaciable avidez de los tres. ¿Sería miedo a lo que talvez creían ser trampa? ¡Son tan desconfiados! Había que aclarar el punto.

5.º El 25, quité el cortinaje de los lados, quedando así el gato, oculto por encima, pero a la vista por las partes laterales. Sobre una claraboya, próxima de dos metros, eché los menudillos frescos de dos gallinas. Al poco rato, llegó un primer pájaro, poco después dos más, y dos más. En-

tonces al gato, que no habían visto desde el espacio. lo descubrieron de soslayo, y sin trepidar fueron a dar vueltas alrededor. Luego, si no se le habían acercado la víspera, no había sido por temor, sino porque ni la vista ni el olfato los convidaban a buscar ahí una presa. Desgraciadamente, algo los espantó y mi prueba quedó a medio camino: huyeron los cinco.

Hasta la tarde, quedando la carroña encubierta por arriba y sin otro cebo al lado, ningún uribú se dió cuenta de ella. A las 2, la destapé, en tanto que veinte gallinazos se cernían sobre la ciudad. Pronto se orientó uno, y se acercó bajando en círculos. Apenas empezó a engullir cuando de todos los puntos a la vez acudieron en tropel. Conté ochenta y había más.

6.º El 30, puse varios pollitos muertos, y luego inodoros, bajo un gran marco de cuatro vidrios. Estaban tan visibles como al aire libre, pero del aparato no podía salir olor alguno. Sin embargo, repetidas veces en el día, vinieron los pájaros a reconocer esta comida que, a través de los cristales, divisaban desde lo alto.

7.º El 3 de Diciembre, rellené con paja y coloqué en la azotea una piel de zorro, reseca desde más de dos años, y sin más aroma que el del pasto. En varios momentos del día, hasta seis gallinazos la visitaron. dándole vueltas, picoteando para abrirla, sin que la ausencia total de olor a carne les demostrase que se equivocaban. — ¿No era para tragarse pedazos de ella? Nó, puesto que dejaban al lado sin tocarlos los tres pellejos de gatos recién devorados, mucho más frescos y comibles. Era la sola apariencia del zorro la que los tentaba, y cualquier otro animal de olfato no se habría engañado.

8.º Después de retirar el maniquí, el 7 y 8 repetí la misma serie de experimentos descritos en las números 3, 4 y 5, con resultados idénticos: mientras el gato en descomposición está invisible, los gallinazos bajan a engullir otros presas, a dos metros de distancia, sin acercarse siquiera al escondite del cual salen tufaradas de infección: y no bien levante

el cortinaje lateral, al venir atraídos por el cebo visible que dispongo cerca como siempre, ven entonces el cadáver, rondan alrededor estudiando si es cosa de trampa, lo sacan del abrigo y lo despedazan.

9.º Los 17 y 18, volví a la prueba del zorro. En este tiempo, más de treinta acuden a sacudir el maniquí, liviano como pluma, quedando a veces más de media hora revolviéndolo, sin dar una picotada a las cinco pieles de gato que huelen aún mal.

10.º El 25, en la azotea de la iglesia, donde constantemente de cuatro a seis descansan, o pasean, y anidan, entre ladrillos oculto tres pollos putrescentes y pestilenciosos, cuya fetidez se escapa por los lados del aparato. Pasan dos días, y ni uno de los conviventes del techo se aproxima, aunque la atmósfera del techo indica la presencia de cadáveres. A penas los destapo, están devorados.

Conclusión: Después de estas seis semanas de experimentos, en que participaron tan crecido número de gallinazos, creo racional y legítimo seguir la opinión que les atribuye olfato más bien torpe. Confieso que, antes, era del parecer contrario, persuadido de que, en los vultúridos, las narices venteaban primero las carroñas, y que, después de este aviso, las buscaban los ojos al vuelo. Los hechos han destruído este parecer. No es el olfato el que explica la reunión, casi súbita, de muchos buitres en una presa; es la vista. A menudo se ven sobre una res recién muerta y sin olor, o sobre un animal caído y respirando aún, como en otros artículos lo referiré, en lo cual no hace ningún papel el olfato. —

